

# EL AGUA Y LA PALABRA

## Antología de Relatos. V

El agua, madre de la vida

---

ANTONIO ENRIQUE

Los dos dolientes

---

ALBERTO GRANADOS

La niña del agua

---

ANA MORILLA PALACIOS



# El agua, madre de la vida

---

ANTONIO ENRIQUE

**E**S EL AGUA la forma precisa de la alegría, la sustancia perfecta de la felicidad. El santo de Asís la llamó “muy útil y humilde y preciosa y casta”, y Parménides, el de los misterios eleusinos, fundó en ella su teogonía del mundo y el universo. El agua nos hace felices, el agua nos traslada al paraíso de los sueños.

¿Quién no ha advertido la alegría insólita, la felicidad de un niño que, asomado al balcón, desprende pompas luminosas que al caer, tras flotar en el espacio, cobra tintes iridiscentes? Sopla al aro impregnado de agua jabonosa, y ahí está la lluvia de la alegría sin fin. Eran años aquellos los de nuestra infancia en que la vida iba aparejada a la maravilla de los descubrimientos. Las pompas de jabón, ¿quién no las disfrutó? Luego de mayores nos dicen cosas como que aquellas pompas se mantenían en el aire por el equilibrio de dos fuerzas contrapuestas en aquella su piel acuosa, tan frágil como inconsistente. Una fuerza molecular tensoactiva, compuesta por partículas hidrófilas, contra otras hidrófobas. Al tiempo que nos enseñaban también que cuando la esfera, epítome de perfección según Pitágoras,

alcanza su velocidad de caída libre, su fuerza de arrastre es proporcional a su peso. Ah los misterios de la mecánica celeste, la música de las esferas. Para nosotros, cuando niños, una pompa de jabón podía ser todo menos física y química. Podían ser almas errantes aquellas burbujas de encanto e ilusión. Podían ser orbes en la majestad de las eclípticas siderales. Podían ser gotas huecas de una cascada en mitad del bosque.

Cuando yo era niño, y en los largos veranos de los Sesenta nos trasladábamos a una casa de Huétor Santillán, el agua sonaba toda la noche. El cielo constelado variaba a cada segundo allá arriba, como pompas de jabón aquellos astros que se arremolinaban en torbellino rotatorio sobre nuestra cabezas. La casa era en realidad un caserón de los tiempos de la invasión napoleónica, como que la levantaron los franceses mismos que estaban trazando la carretera que se interna hasta el Molinillo. Y era de paredes anchas y techos altos. Corral y desván tenía. En el corral, tras el chapuzón en una alberca entre morales, uno de mis primos, estudiante de piloto de aviones, había ideado un artefacto consistente en una regadera: mediante un resorte, y tras activarlo, se ponía en funcionamiento el artificio de cuerdas y poleas, por el cual, tras un zumbido incomprensible, y a intervalos caprichosos, la regadera se volcaba de repente. Yo lo que recuerdo es que aquella ducha extrañísima, con el vuelco aparatoso, nos hacía más felices todavía que los chapuzones en la alberca. Y no era poca cosa aquella de los baños en la alberca, con musgo que acariciaba los pies en los juegos natatorios; bastaba extender el brazo para coger moras y tomarlas, tras remojarlas, bien fresquitas. Uno de mis otros primos sudaba sobre su gramática latina, como que había suspendido en junio. Mientras tanto, le llegaban nuestras risas, y cómo sudaba el pobre a la sombra de aquel nogal, adonde a media mañana llegaba en su bici el profesor contratado, un hombre en camisa blanca y con cartera negra en cuyos broches de metal brillaba el sol, con abrazaderas en los perniles del pantalón para no mancharse con la cadena.

Pero lo grande de aquella casa era el nacimiento de aguas dentro de sus mismos muros. El agua canalizada desde dentro daba con un caño que estaba vertiéndose toda la noche sobre un pilar adosado, con chorro fragoso que era una bendición. Aquella música de agua bullente contra

agua dormida, y una chispa de variación sí, con el viento de alguna ráfaga, impactaba contra la piedra de los bordes, acompañó mis sueños de niño que va dando en adolescente. En la casa, agua de cañerías no había, de manera que había que dedicar un par de horas a trasladarla desde el pilarón en vasijas y tinajas, trasiego que pronto se convertía en jolgorio. Luz industrial tampoco había, con no poco regocijo nuestro a la hora de acostarse. Las sombras proyectadas en las paredes nos provocaban una suerte de incitación al sueño, conforme íbamos subiendo por la angosta escalera hacia las alcobas, unos arriba y otros debajo de quien portaba en alto la palmatoria.

El agua, así, nos sometía a su hipnosis de oír, análoga al de mirar fijamente al fuego, pues, como el fuego sus formas, el agua adopta rumores siempre diferentes en su inmutabilidad cíclica. El agua de beber, también. El agua se trasegaba a lentas buchadas, como acomodándola al estómago como Dios manda, con asiento, circunspección y nada de prisas. En la cercana era del pueblo, lo tenía yo bien visto. Los campesinos, con aquellos sombreros que recordaban los de carnaval, bajo cuyas alas los ojos les relucían como tizones, aventaban la paja de la siega, mientras otro daba vueltas y más vueltas con la trilla. El sol de julio caía a plomo hirviente, el calor ponía cerco de vapor a los objetos vistos de lejos. Entonces alguien sacaba la damajuana y bebían con tiento uno tras otro, dejando que el agua desbordara las gargantas y les aliviara con la humedad de las camisas mojadas. Y todos sin excepción, se pasaban la manga por las bocas, como si en vez de agua aquello fuera vino. Y como no les oía, pues les observaba yo bien metido en el agua de la alberca, que en realidad era una poza en torno a la cual ranas y grillos hacían su fiesta, había de imaginarme el regüeldo luego, el chasquear de lengua tras el hartazón.

El agua, ¡cómo siempre la he sentido! Como cuando, de pequeño, mi abuelo materno, que vivía en el tercero de un inmueble de la calle Alhóndiga, frontero a la calle Hileras, me llevaba de la mano a Bib-Rambla, a cuya sombra de los tilos de uno de sus laterales estaban los aguadores, con sus borriquillos que traían de la fuente del Avellano las grandes vasijas en sus serones, entre ramas y juncos de un verdor primaveral. Los hombres se acercaban con mucha compostura, como sabedores del gran

misterio que es el agua clara y fina de Granada, y engullían sus vasos con mucha prosopopeya y finchazón. Luego de calmada la sed, bebían su otro trago, esta vez con pepitas de anís que el aguador depositaba en el dorso de una de sus manos, exactamente en la confluencia de los dedos pulgar e índice, en ese huequillo o hendidura que utilizaban los fumadores de rapé para absorberlo con la nariz. El gesto de aquella ingesta de anisetes era igual del de la buchada de bicarbonato para los vientres escacharrados de aquellos tiempos de posguerra, pero, a poco que uno se fijara, de alguna manera diferente, pues en sus rostros se pintaba la felicidad del frescor anisado *bajandillo* por el esófago.

El agua, qué felicidad. Tengo yo un amigo, que se llama José, que conoció a un viejo cura de pueblo tan amigo del agua que metía un recipiente en el confesonario, y mientras escuchaba a los confesandos, estaba él tan feliz con los pies metidos en aquella palangana. Con sonrisa tanto más beatífica cuando daba la absolución. Horas y horas, y nunca se cansaba. Allí engolfados los pies. Es feliz también José Lupiáñez cuando lo narra con ese arte y desparpajo que usa para sus relatos divertidísimos.

El agua. El agua del convento de los Mártires, que inspiró a san Juan de la Cruz en ese su Cántico espiritual, tan semejante a ese otro de las Criaturas. El agua de los ríos “que van a dar a la mar”. El agua en que en el río Tajo las ninfas se aderezaban coronas de laurel. El agua perfumada de los grandes festines de otro tiempo, y el agua de mayo. Era siempre una lluvia repentina y un revuelo de niños escapando hacia la Cova de Iría. Siempre pasaba igual: aquella lluvia olía a nardos, como en Fátima. Por el agua nacimos, por el agua vivimos, y cuando sea la hora, nos aguarda el agua de las aguas, un agua que pareciera cubrir a un diamante grande como una catedral, al que le diera el sol exactamente encima. Agua aquella de ultratumba que riega los campos de asfódelos, como consigna la mitología de los griegos. El aire sería entonces como la iridiscencia de aquellas pompas de jabón. Aire, el gran amigo del agua. El agua, madre de la vida.

22 de mayo 2014

# Los dos dolientes

---

ALBERTO GRANADOS

**E**L COCHE se acerca al balneario con las últimas luces de un atardecer otoñal. El motor ruge subiendo la cuesta en tanto que los dos hombres guardan un silencio reflexivo y compacto como una piedra del camino. ¿Para qué hablar? Llevan muchos años silenciándose una realidad tan evidente que la ocultación ha llegado a ser su más patente evidencia, pero eso ya no tiene importancia: vienen de enterrar a Valeska y con ella se desvanece el largo juego de simulaciones en que han pasado tanto tiempo.

Al coronar la cuesta se ven un instante las cumbres de la sierra. La vegetación cambia y pasa de los secanos polvorientos a los carrizos y espadañas, los juncos y las formaciones verdinosas de las algas sobre las piedras. Atraviesan un dédalo de acequias y canales, un paisaje fluvial de torrenteras y pozas calientes llegadas del manantial. Una tenue niebla los envuelve mientras perciben el olor de las aguas sulfurosas y finalmente

salen a una mínima alameda, tras la que se yergue el balneario, un edificio que presenta esa fatídica descompensación de lo inacabado, del esfuerzo estéril, del fracaso.

Benito se baja para abrirles las portezuelas. Se dirigen al establecimiento sabiendo que será un momento duro, ya que tendrán que enfrentarse a un hecho desolador: desde ahora les faltará para siempre la mujer que los subyugó. En el salón verán la misma chimenea encendida, los mismos muebles y cortinajes que mueren de decadencia, pero ella no estará ni les volverá a dar su ambigua compañía.

El criado reaviva el rescoldo y Matilde les sirve la acostumbrada copa de oporto. Monsieur Vedier y el Marqués presentan sus copas en un mudo brindis. Desde ahora la relación entre ambos será necesariamente distinta: no les quedará más remedio que mirarse a los ojos, que dirigirse las preguntas y respuestas convencionales, como suelen hacer las personas normales, es decir, aquellas que no aman desde hace años a la misma mujer. Valeska no podrá ya servir de intermediaria en la conversación y las miradas entre ellos, ni será desde ahora la insoslayable pasión, el luminoso objeto del deseo, ni el motivo de los insuperables celos de cada uno hacia el otro. Nunca volverá a deshacer los momentos tensos con sus bromas, su sonrisa, su presencia.

El suizo enciende un cigarro y mira hacia arriba. A través del humo observa las pinturas y la enorme araña. Esos lagos y ríos que serpean por el techo y las paredes, las lagunas cenitales... le parecerán deprimentes desde ese instante, igual que las horrorosas escenas de diosillos y ninfas pintadas por un inhábil artista, un capricho más de aquella mujer que siempre determinó las decisiones de los dos socios. Se extraña de lo evidente: esa lámpara siempre fue recargada y si hasta hoy ha valorado esos motivos ornamentales ha sido a través de los ojos entusiastas de la mujer que llegó hace tanto tiempo rodeada de misterios y contradicciones, frágil y desvalida como un huérfano, misteriosa y atractiva como para cautivarlos, como para que él decidiera no dar más vueltas en la vida y quedarse definitivamente en ese balneario imposible que se había empeñado en edificar al pie de la montaña.



Por su parte, don Ignacio, Marqués de los Tajos, mira el pabellón acristalado de la piscina termal. Su techo refleja las nubes y la tímida claridad de la luna. Recuerda a Valeska bañándose desnuda tantas veces, sin que pareciera importarle lo más mínimo la presencia o la mirada anhelante de sus dos admiradores. Aún era joven y hermosa. Su desnudo quedaba desprovisto de cualquier suciedad, de toda lujuria, aunque horas después el deseo estallara incontenible en las insomnes noches de uno de ellos. El Marqués ve en ese pabellón, ahora un conjunto de hierros deformes y cristales definitivamente rotos, un símbolo de los maltrechos sueños de ambos hombres.

Monsieur Vedier bebe un cálido sorbo de oporto. Al mirar la chimenea, evoca sus humildes orígenes en una aldea al pie de los Alpes. Allí pasó la juventud acompañando a los excursionistas a visitar un glaciar. Siempre sintió el ahogo de aquella vida, la urgencia por huir, la necesidad de cambiar de sitio como hacían los ricos a los que enseñaba las entrañas de aquellos hielos milenarios. Por eso emigró a Alemania y se empleó como camarero en el casino de una afamada ciudad termal. Observador agudo, aprendió a conocer a aquellos aristócratas y burgueses centroeuropeos que se dejaban escandalosas fortunas sobre el tapete verde. En poco tiempo pasó a ser *croupier* y a acumular las propinas de los que ganaban. Más adelante prestó pequeñas cantidades a esos jugadores compulsivos que no veían el final de su mala racha y así, cuando aquel francés se descerrajó un tiro en la sien, Vedier presentó ante la policía varios pagarés firmados por el suicida. Un notario parisino le gestionó la propiedad de tres valiosos inmuebles en el bulevar Haussmann: súbitamente era un hombre rico, mucho más de lo que jamás podría haber soñado.

Pasó de empleado a jugador habitual. Taimado y observador, aprendió a esperar la imprudencia de sus contrincantes en la partida, a provocar la distracción, el cebo, el engaño de aquellos faroles que lo hicieron desafortunadamente rico y que llevaron a los casinos la fama de su desconcertante forma de jugar, de su frialdad depredadora, de su avidez.

Por esa época conoció a aquella chica, tal vez una más de las busconas que siempre se acercaban a recoger favores y migajas de los ganadores.

Nunca estuvo seguro, pero si se trataba de Valeska, en aquellos lejanos años ya tuvo un apasionado *affaire* con ella, sólo que no decía ser una condesa polaca, sino una soprano tirolesa. Unas semanas de fogoso romance le hicieron pensar que ella era como la esposa con la que siempre había soñado.

Tampoco tuvo nunca certeza, porque esas cosas no se hablan entre caballeros, pero cree que fue el Marqués quien renunció a un póker de reyes ante un farol de aquella dama. Cualquiera hubiera percibido el leve sudor de su frente, el continuo jugueteo con el collar de perlas falsas en torno a los dedos, el nervioso palpar de su pecho, el temblor del labio... Todo permitía adivinar que iba de farol, pero el Marqués –si en efecto era él– dejó pasar una de las jugadas de su vida en beneficio de la joven. ¡El gesto inequívoco de un aristócrata lleno de nobleza! Cuando bastantes años después Valeska llegó al balneario, él creyó que venía en busca del Marqués, al que dejó campo libre, pese al intenso deseo que sentía por ella.

El asesinato del Archiduque en Sarajevo supuso la huida de muchos clientes adinerados porque se adivinaba la inminente llegada de la guerra a aquellas recónditas caldas alemanas. El Marqués le enseñó entonces las fotos de su finca y le propuso levantar allí un balneario. Uno pondría su dinero y el otro cedería el terreno: un edén a los pies de la nieve. Vedier decidió que le daba igual arruinarse en esas tierras que dejar que la guerra lo arruinara, como a tantos otros. Mucha gente necesitaba dinero urgente para desaparecer de un conflicto que podía arruinarlos y él compró por un precio de emergencia bañeras de latón, albornoces, mangueras, griferías con cabezas de león, cortinajes, mobiliario, lámparas y todo lo suntuario que pudo acumular y pronto estuvo en condiciones de compartir el proyecto del Marqués.

Meses después, mientras éste prolongaba en Londres su cosmopolita ocio, inició las obras con una febril determinación, sin tener siquiera el proyecto definitivamente trazado. Con una buena parte de la obra ya cerrada surgieron nuevas ideas, sucesivas ampliaciones que conformaron aquella pesadilla arquitectónica en que los cuerpos del edificio se superponían en un equilibrio imposible.

A don Ignacio no le gustaba su papel de aristócrata. Hombre instruido y con inquietudes intelectuales, sentía asco por el significado de su familia desde que Fernando VII otorgó un título nobiliario a su bisabuelo por apoyar su causa y aportar una importante suma para luchar contra los liberales. Su vieja nodriza le había desgranado una realidad familiar que comprobaba en los memoriales y documentos de su biblioteca. No encontraba nada noble en su pasado: continuas arbitrariedades, injusticias flagrantes, repugnantes estupros con las hijas de los braceros, apenas niñas puestas en bandeja al señor por los padres para paliar sus insaciables hambres de siervos. ¿Podía aceptarse todo eso como aristocracia? La palabra procedía –recordaba– del griego *aristos*, que significaba “los mejores”. ¿En eso consistía ser lo mejor de la sociedad? Ni tenía ganas de perpetuar aquella inexplicable supremacía sobre los vecinos del pueblo, ni le importaba gran cosa la pretendida grandeza de su estirpe. Prefirió viajar, visitar los museos de las ciudades que recorría en una febril búsqueda de cosas bellas que lo distanciaran de su origen y su mundo. Madrid, Roma, Florencia, Venecia, Berlín, Zurich, Praga, París, Viena, Lisboa... eran urbes que había gozado plenamente y sobre las que había escrito poemarios y libros de viajes que siempre editó con un pseudónimo imposible de rastrear. Había conocido a Verdi, del que había gozado una ópera en La Fenice, y otros grandes teatros de Europa no ofrecían sorpresas para él, de tanto como los había disfrutado.

Cuando evocaba sus casi treinta años de viajero o miraba su pequeño museo de objetos artísticos acumulados en su finca, se alegraba cada vez más de haber elegido ese camino. Había calculado el ritmo de gastos y pensaba morir dejando el saldo a cero. Por lo menos la posteridad tendría que reconocerle el no dejar tras de sí una larga cadena de muchachas deshonradas y desamparados bastardos como los que poblaban su exiguo marquesado.

Cuando evocaba a las personas que había conocido en sus viajes le parecía que Valeska era la misma mujer a la que dejó ganar en un casino de un balneario en aquellos lejanos años en que decidió asociarse con Vedier para rentabilizar la extraña franja acuosa de su enorme finca de secano,

algo que siempre le pareció otra extravagancia más de su marquesado. Aquella noche la pobre muchacha estaba desesperada. Le pareció ver en ella el más absoluto desamparo, la soledad más sobrecogedora y la más acuciante carencia. Por eso volcó boca abajo su póker de reyes y la dejó ganar. A cambio obtuvo la mirada más dulce y agradecida que había recibido jamás y la visita de la chica aquella noche en la habitación de su hotel. Le traía una botella de champán para darle las gracias. Aunque se dijo que no podía aceptar ciertas dádivas de una mujer a la que acababa de ayudar, pudo más la pasión y gozó la palpitante carne fresca de la bella muchacha.

Cuando, años después, la descubrió alojada en el hotel del balneario simuló no conocerla. En cualquier caso, ahora venía como la condesa von Rhisendorf, al parecer inexistente, según los libros de genealogía que sus antepasados habían ido acumulando sólo para ver si ya aparecía su reciente linaje entre lo mejor de Europa. Le pareció que la condesa, caso de serlo realmente, estaba en una lamentable situación económica y salió fiador de los sucesivos pagarés que fue firmando para la maltrecha contabilidad de la empresa regentada por su socio. Creyó percibir que el suizo estaba enamorado rendidamente de la señora y optó por dejarle expedito el camino de su felicidad. Por entonces, todo se limitó a compartir los ratos que cada noche pasaba en el balneario con Valeska y Vedier, tomando un oporto y hablando de la situación española, cada vez más difícil, sangrienta y amenazadora.

Ella se dejaba mimar por ambos hombres, sabiendo que era el punto de difícil equilibrio de una inusitada trinidad que ya había dado mucho que hablar en el pueblo. Se sentía amada por un hombre industrioso y trabajador en el que siempre creyó ver el esposo con el que soñaba en su adolescencia, pero al tiempo adoraba esa delicadeza galante con que la trataba el Marqués. Jamás supo si lo que sentía por ellos era un verdadero amor, pero asumió que no podría vivir sin el calor de ambos.

Una noche, cuando el Marqués se marchó, Valeska tomó la mano de Vedier y tiró de él hacia su alcoba. Se amaron como si aún fueran jóvenes y a la mañana siguiente se levantaron con el gesto inequívoco de la felicidad en sus semblantes, algo que no pasó desapercibido al Marqués, cuando

aquella tarde vino a tomar su oportu. Los celos lo enloquecieron y se sintió traicionado, pero esa noche regresó a su cercana casa con ella a la grupa y fue Vedier quien pasó una noche horrorosa. Desde entonces, compartió su amor con ambos, sin una sola referencia explícita, sin permitir un gesto de reproche ni un asomo de celos entre ambos socios: la situación era la que era y aun con cierta reticencia inicial, la aceptaron los tres. Desde entonces, el balneario se mantuvo abierto sólo por ella y por la relación que había creado.

En efecto, cuando todo era ya una pura ruina carcomida por la humedad y las grietas, ambos amigos asumieron que hay sueños que encierran el germen del absoluto fracaso y situaciones que no admiten reconsideraciones: ni las aguas resultaron curativas, ni los clientes de media Europa a los que escribió Vedier vinieron jamás, ni los socios que prometieron allegarles nuevos fondos dieron finalmente la cara. Tampoco los campesinos de los alrededores alcanzaron jamás el necesario toque de distinción para convertirse en *valets de chambre*, en doncellas, en enguantados camareros o en *chauffeurs* del automóvil de la empresa, por mucho que lo intentaron. El balneario nunca podría emular a los grandes centros termales de esa Europa del bienestar, deshecha ahora por la pasada guerra y amenazada por los totalitarismos. Con la evidencia de lo fatal, fue languideciendo como una realidad espectral que emprende el camino inexorable de la ruina. El edificio fue cerrando áreas hasta que de todo aquello sólo quedó la zona que hacía de vivienda de Valeska y Vedier, atendidos en todo por Benito y su mujer, la dulce Matilde. El resto fue arruinándose preso de los zarzales y de la humedad, como una vaga metáfora de las biografías de aquellos perdedores. Los campesinos volvieron a la rudeza de su faena, tras asomarse por un instante a un benigno y pasajero sueño que por una vez les permitió cierta molicie y unas comodidades jamás vislumbradas.

Pero allí vivían su secreta pasión y tenían lo que deseaban, alimentado por los secretos y civilizados celos. Ni Vedier ni el Marqués mencionaron jamás asuntos tan espinosos como la existencia del otro, el sentido del honor o el asunto de los pagarés firmados, como si la existencia fuera un

conjunto de tácitas simulaciones por el que ella conseguía sobrevivir y ser amada el doble que cualquier otra mujer y sus dos enamorados la mantenían próxima, con esa decadente elegancia tan fuera de un tiempo en que se aproximaba una guerra más.

Finalmente llegó lo más penoso: la enfermedad de Valeska. Empezó a sentir insufribles dolores que sólo el agua de las pozas calmaba. Asistida siempre por Matilde, pasaba el día metida en el agua caliente del manantial. Ya no permitía que sus dos hombres vieran la desnudez de su cuerpo, que empezaba a sufrir dolorosas deformaciones. Finalmente sólo se bañaba totalmente cubierta, en un vano empeño de conjurar la enfermedad ocultando sus efectos.

El Marqués empleó su patrimonio en hacer venir médicos de media España, que sólo consiguieron sembrar definitivamente un aura de fatalismo en sus corazones. Cuando se supo marcada por la muerte, agradecida, quiso contarles la realidad de sus orígenes y de su pasado, pero ellos la silenciaron como si no necesitaran conocer su biografía, como si le hubieran otorgado una velada aceptación de su vida, como si le suplicaran solamente que les siguiera repartiendo su amor hasta el momento final. La dulce compañía de ambos amantes y tantas horas gozando del agua en la poza la rehabilitaban, la hacían limpia e inocente, como si los rigores de la vida jamás la hubieran salpicado. Finalmente, murió ayer, con uno de sus hombres a cada lado, tomándola de la mano, confortándola, amándola en clamoroso silencio.

Entre evocaciones dolorosas, apuran la copa de oporto y el Marqués se levanta para marcharse. Ambos socios se estrechan la mano sabiendo el dolor que les produce la pérdida de la ya para ellos indiscutible Condesa Valeska von Rhisendorf. Se miran a los ojos buscando cada uno el interior del otro.

-Vedier, siempre ha sido un buen socio, un dignísimo rival y, sobre todo, mi único amigo –dice al suizo mientras aprieta su mano.

-Gracias, Marqués, yo... La Condesa... -le responde, embargado por la emoción, mientras don Ignacio se dirige a la puerta.

Benito le saca el caballo y se lo entrega en presencia de una llorosa Matilde, que estruja el delantal y le dice tímidamente:

-Señor Marqués, ¿vendrá usted mañana? Temo por el señor... al no estar ella... ¿y si hace una barbaridad?

Eludiendo la respuesta, espolea al caballo y parte con los últimos fulgores del ocaso. ¿Y si la barbaridad la hiciera él mismo? Porque teme afrontar la vida tal como es, sin la magia de la mentira que revistió de grandeza su existencia.

Mientras cabalga, piensa:

-Se llamara Valeska o no, condesa o buscona, verdad o mentira la vaga historia de sus orígenes aristocráticos, colmó de amor nuestras vidas y trasmutó la inaplazable decadencia y la amarga soledad en una atmósfera de señorío y nobleza, de gestos desfasados y refinadas maneras... Ella consiguió que este fallido hotel de lujo fuera la vaga sombra de una corte de liturgias versallescas, un pretendido lugar de sociedad... Convirtió esta ruina en un ámbito en que aún cabía algo de generosidad... Pero la vida es como es, simplemente... Ahora la función ha terminado...

Mientras el Marqués siente el más intenso dolor que pueda imaginarse, en el silencio de una noche mágica que refleja la luna en la nieve de las cumbres, se oye, como una excelsa música, el manso discurrir del agua.





# La niña del agua

---

ANA MORILLA PALACIOS

**A**VELINO BORLAND, un acomodado sombrerero del Zacatín, compró en 1900 el carmen del Albaicín que años más tarde habría de costarle la vida. De haber sospechado aquel rubio descendiente de irlandeses lo que el destino le deparaba nunca hubiera abandonado la calle Real de la Alhambra, donde vivía bajo el murmullo continuo de los arriates de agua.

La muerte le llegó por sorpresa una tibia tarde de verano en su huerto. Se cayó de la rama más alta de una enorme y vieja higuera, cerca de donde espejaba el agua de la alberca. Pretendía alcanzar un hermoso higo que se le había antojado a su esposa, Concepción de Sousa, una portuguesa con veleidades aristocráticas. Cual Eva y la manzana (o Proserpina y la granada), ella y el fruto provocaron la expulsión familiar del paraíso: sus descendientes desmembraron el carmen para sobrevivir.

Primero vendieron la mejor parte del patio, la que tenía la fuente. Luego desapareció el fatídico huerto y la tinaja de agua. Finalmente sólo quedó la

casa morisca de dos plantas, que se fue llenando de inquilinos, un ejército de extraños que ocupó la mayoría de las alcobas por un alquiler irrisorio, y que tapió impunemente las ventanas que miraban a los jardines y huertas colindantes, dejando la vivienda en penumbra, bajo la luz mortecina del minúsculo patio superviviente.

Su hija menor, Victoria de la Santísima Trinidad, emprendió a los diecisiete años una nueva vida junto a su marido, el infausto industrial Emilio Suárez, en una casa de la cuesta más alta y empinada del Realejo, adosada a un pilar que dibujaba en las paredes humedades de siglos. Debía ser una amante de las alturas, pues había vivido en la colina de la Alhambra, en la del Albaicín y ahora en la del Mauror, y en todas cantaba el agua.

Pero Emilio, mucho mayor que ella, dilapidó su fortuna para que su futura y hermosa viuda no disfrutara del patrimonio. Refugiada en el único bien que le había quedado, aquella casa del barrio judío, sobrevivió los años más difíciles con su hija, la pequeña Teresa. Era esta una muchacha singular que asustaba a todos con sus historias de fantasmas, especialmente la de una bella joven de largo cabello negro y atuendo oriental que se aparecía junto al pilar.

–¡Un tesoro! Debe haber un tesoro escondido –decía Teresa– ¡Vamos a excavar!

–El único tesoro que hay en el pilón es el agua –se reía su madre.

Con el tiempo la niña Teresa se casó con Abel, un joven valiente a quien no le importaban los caprichos de los aparecidos.

....

–¡Mari! ¡Vamos! ¡Nos espera la abuela Victoria! –gritó Teresa sin ningún apuro ni decoro desde la puerta de la calle, como si de poco le hubieran aprovechado los años de alumna de pago en las Mercedarias. Se colocó la toquilla mientras se impacientaba.

–¡Voy! –dijo la niña desde su habitación. Estaba leyendo una hagiografía edificante que le habían dejado las vecinas del carmen, unas señoritas

muy solteras que merendaban con el párroco chocolate con bizcochos, se dedicaban a las obras de caridad y lucían largos collares de perlas y sedosos mantones de Manila, como los que María había visto en algunas fotos familiares de antes de la guerra.

Bajaron por los Alamillos a Rodrigo del Campo y María se detuvo para mirar dentro del aljibe, mientras Teresa, temerosa, la sujetaba por el abrigo; no entendía por qué no estaban tapadas las cisternas granadinas. Salieron a la Plaza Nueva y bebieron agua en el pilar del Toro. Llegaron a la Calderería y la niña salpicó a su madre en el pilón de San Gregorio, lo que le costó un ligero sopapo en el trasero. Subieron hasta el Peso de la Harina y la Plaza Larga, enseguida divisaron el portón verde. Allí estaba Victoria, que al igual que Teresa se entregaba con deleite masoquista a visitar a los parientes.

María correteó por la vieja casa morisca atravesándola de una habitación a otra sin pensar en quién la habitaba, si era familiar o inquilino, vivo o difunto. Se asomó al pozo con desafío inconsciente y arrojó unos guijarros para comprobar su profundidad.

–¡Ten cuidado! –gritó Teresa–. ¡Lo que le gusta el agua a mi hija! –se quejó.

–Sí, es la niña del agua... –dijo una vieja enlutada.

La cría acarició a los gatos que se fue encontrando por el camino, escuchó los trinos de los canarios prisioneros en sus jaulitas, deshojó algunas macetas y subió las sinuosas escaleras que llevaban al torreón con la bóveda de madera. Luego vio a la bisabuela Concepción sentada en la mecedora con una manta cubriéndole el regazo, maquillada con polvos de arroz, como en su juventud. Pasaba las horas muertas en la balconada de ebanistería, una superviviente de cinco siglos de historia que en tiempos mejores y más luminosos había tenido bellas vistas.

–Abuelita, ¿qué hace? –dijo María picarona, pues sabía la respuesta.

–Esperando a mi novio –contestó la anciana sonriendo y enseñando sus dientecitos pequeños de bebé. A los noventa años le había nacido una nueva dentición que vino a alegrar sus encías vacías.

–Deja en paz a la bisabuela –le regañó su madre dándole un ligero pescozón.

Acto seguido María entró en el desván donde se atesoraban los trastos y revolvió en los baúles entre los trajes ajados. Luego bajó al patio y miró en el aljibe; junto al mismo había tres señores vestidos de negro que sonrieron a la niña con expresión benévola. Uno de ellos se quitó el sombrero hongo y la saludó con un movimiento ligero de cabeza.

–¿Y esta quién es? –preguntó.

–La bizneta de Concepción y Avelino –contestó otro con canotier.

–¡Qué pronto pasa el tiempo! –se quejó uno con gorra.

Todos asintieron mientras Teresa la apartaba de un empujón y le prohibía molestar a los difuntos.

Antes de que viniera la noche y trajera un frío insoportable, las tres volvieron al Realejo. En el zaguán de la casa, Teresa fue directa a los fogones, Victoria se santiguó ante el cuadro de la Virgen del Manantial –una Inmaculada a cuyos pies brotaba el agua en cascada– y le entregó a María un oxidado rosario de cuentas negras.

–Vamos a rezar por tu tío, que buena falta le hace.

–Sí, abuela, ¿qué tío?

–El rico, que Dios lo haya perdonado.

El cuadro era una vieja muestra del barroco granadino, carente de valor, que había pertenecido al pariente por cuya salvación rezaban, un viudo sin hijos que legó todas sus pertenencias a la Compañía de Jesús con gran alivio para sus pecados y bastantes penalidades para sus familiares.

Después de cenar, al calor del brasero de carbón, la familia se sentó en la mesita camilla. Abel leía el Ideal y luego esperaba entretenerse con un ejemplar alquilado de Roberto Alcázar y Pedrín. Las mujeres tomaban sucedáneo de café –agua caliente y achicoria– para quitarse el helor de los huesos.

–Mañana voy pintar esa pared, ya tengo la cal preparada –dijo Teresa.

–¡Otra vez! –protestó Victoria–. Es inútil, las humedades del pilar brotarán enseguida.

A la mañana siguiente María se despertó muy temprano, se levantó de la cama de un solo salto que hizo crujir el viejo cabecero de latón. Corrió hacia el balcón, retiró el pasador de los postigos de madera algo desvenecijados, apartó los visillos blancos y pegó la nariz al cristal. Contempló con desilusión los carámbanos de hielo en el tejado de enfrente y jugó haciendo figuras con el dedo sobre el vaho. No había nevado y tenía que ir al colegio.

–¡Mamá! ¿Has visto a la mujer del pilar? Preguntó como todas las mañanas.

–¡Noooo! Ya te he dicho que es muy temprano para que los fantasmas beban agua.

Se dirigió al colegio de la calle Molinos reventando con sus pobres zapatos, y para disgusto de su madre, los charcos escarchados. Pasó las primeras horas recitando las tablas de multiplicar con sonsonete monótono y repasando la geografía con ritmo ameno. Luego vinieron sus favoritas: la Historia Sagrada y la Historia de España.

–Señorita Trini ¿es verdad que las acequias de “Graná” las hicieron los moros? –preguntó María.

–Empezaron los romanos –contestó la maestra– trayendo las aguas desde Deifontes, pero los ziríes, los almohades, los almorávides y luego los nazaríes construyeron la red de acequias que conducen las aguas de la Fuente Grande, del Genil, del Darro...

–¿Adónde la llevan? –interrumpió una impaciente.

–¡A todas partes! A la Alhambra, al Generalife, al Albaicín, a la Vega... Por ejemplo, la acequia del Cadí trae las aguas del Genil, desde Pinillos, al barranco del Abogado, a San Cecilio y la parte alta del Realejo...

–¿Aquí al Realejo? Pero señorita, ¿la nuestra no es la acequia Gorda? –quiso saber María.

–Son las dos. La acequia Gorda del Genil trae las aguas de la Presa Real, en la Lancha de Cenes, a la zona baja del Realejo, y al paseo de la Bomba, al Salón...

–¿Y los aljibes, también los hicieron los moros? –dijo una despistada.

–Pues claro, los árabes construyeron muchos aljibes públicos para abastecer a la población – contestó la “seño”.

–¿Y cómo se llenan de agua? –inquirió María, curiosa.

–Porque están conectados a las acequias por unas cañerías de barro que se llaman atanores.

–¡Dentro de mi casa hay un aljibe! –dijo una enteradilla.

–Sí, hay aljibes privados en muchas viviendas y todavía se utilizan. Aunque el alcalde Gallego Burín ha empezado a construir el abastecimiento domiciliario, todavía queda mucho para que haya agua corriente en toda la ciudad.

Y por fin el desayuno. Les sirvieron la leche en jarritas de hojalata que María y sus compañeras llevaban al cuello colgadas de una cinta, aunque ella prefería la leche de cabra, más espesa y rica, que vendía el cabrero de puerta en puerta ordeñando sus animales ante el cliente, y que luego había que “bautizar” con una buena porción de agua y hervir al menos tres veces. Debía ser un día especial porque recibieron también un trozo de queso americano. Después, María se apuntó voluntaria para recoger el almuerzo que preparaban las monjas en la plaza de los Girones, de vuelta traían la comida caliente en grandes cántaros. El menú no fallaba: un día judías y al otro garbanzos, de postre naranjas, y para beber: agua. Así hasta el infinito. Pasó rápido la tarde con clase de costura mientras se leían en voz alta las fábulas de Samaniego. Luego tocaba el rezo del rosario, y a casa, rompiendo charcos.

Pronto fueron cesando los fríos y comenzó a lucir un sol radiante de primavera, el anuncio del buen tiempo que se reflejaba en las fuentes y en los surtidores granadinos que murmuraban promesas de felicidad.

Una mañana de sábado, Abel se asomó a la esquina para intercambiar unas palabras con el panadero de Alfacar mientras su borriquillo bebía agua del pilar. Allí observó algo extraño en su hija que jugaba en la calle.

–Esta niña anda de forma rara, de puntillas como una bailarina –dijo–.

–Son tonterías de chiquilla –contestó Teresa desde la azotea donde estaba tendiendo la ropa que había lavado en un gran lebrillo de barro.

El padre le quitó los zapatos y comprobó que en el interior tenía unos guijarros que habían desgastado el cuero y dejado al descubierto los remaches y tachuelas metálicos que herían el pie.

–¡Con tanto leer vidas de santos le ha dado por sufrir martirio! –gritó su madre.

–¡Ni que fuera Santa Teresa! –tronó Victoria asomándose a la puerta.

Para hacerle olvidar las ideas de mortificación, la abuela comenzó a contarle historias de princesas árabes, de tesoros ocultos, palacios y jardines, que María creía producto de su imaginación y que años después descubrió en los edulcorados cuentos de Washington Irving y en una versión “expurgada” de Las mil y una noches. Se aficionó a visitar la Alhambra y el Generalife que estaban a las espaldas de su casa. Allí recogía castañas locas del suelo y metía los pies en los canales de tejas de barro que bajaban cargados de agua helada de las acequias alhambrenas, bebía en el pilar de Carlos V o se remojaba en la fuente del Tomate. Ya en la empinada cuesta de Gomérez casi vislumbraba a unos apuestos jinetes de piel dorada y ojos negros como la noche, subiendo raudos en negros corceles.

Con la llegada del verano y los grandes calores, Abel llevaba a María los domingos por la mañana a las pozas del Genil, a la Fuente de la Bicha, a recoger renacuajos que la niña aprisionaba con inocencia cruel en un bote de cristal. Durante la semana se entretenía jugando con sus amigas en el campo del Príncipe donde se metían en el pilar, o correteaban por el carmen de los Mártires, comiendo madroños y manzanas con “pelusilla” directamente de los árboles. Por las tardes, sin respetar la hora de la siesta, se bañaban en las albercas de los cármenes vecinos, pocos eran los propietarios que cerraban las puertas a la chiquillería del barrio. Abel iba a los baños de San Simeón, vetados a las mujeres, que aprovechaban la “fresca” para pasear con los niños hasta la fuente del Avellano donde se tomaban la merienda; a veces iban a beber el agua con azucarillo del pozo de la placeta de los Aljibes. Por las noches Teresa y Victoria se sentaban en sendas sillas de anea en la puerta de su casa. Tenían bien merecido el descanso. La mayoría de las vecinas estaban en pie desde el amanecer

trajinando entre pucheros; acostados los niños soplaban instantes de tranquilidad que ellas aprovechaban para baldear sus calles con el agua de los pilones a fin de refrescar el ambiente.

....

Los albañiles golpeaban el pilar a machamartillo. Aquella pared de mármol y los caños de hierro, ya sin agua, eran lo único que quedaba en pie de la casa judía. Allí saldrían dos preciosos apartamentos que se venderían a un buen precio. La mayor parte de las familias humildes se marcharon del barrio cuando se construyó Santa Adela. Los cármenes habían pasado a ser propiedad de nuevos ricos, aunque algunos dueños mantenían su abolengo desde los más lejanos tiempos.

La piqueta se detuvo, había golpeado algo metálico. Al apartar los escombros vieron un cofre enterrado. Cierta gritería acompañó el feliz hallazgo, algunos curiosos se asomaron. El pico rompió la cerradura sin miramientos, la caja se abrió y dentro aparecieron unas ennegrecidas bandejas de plata, un buen puñado de monedas de cobre y un candelabro de oro de siete brazos.

–Se lo darán al dueño ¿verdad? –dijo un vecino celoso de la suerte de aquel especulador que había comprado la casa en una subasta.

–¡Aquí nadie ha visto nada! –dijeron los albañiles codiciosos del botín, sin duda el tesoro que custodiaba el fantasma del pilar, la bella morena que muchos años atrás veía Teresa.

Un ruido ensordecedor los interrumpió, un fuerte tampón de tierra saltó por los aires elevando el cofre y su contenido, haciendo perder el equilibrio y caer al suelo a los albañiles y a los curiosos. El agua brotó de las profundidades de la tierra con fuerza inaudita, con ira casi volcánica se derramó por las cuestas, por las plazas y las calles, anegando todo el Realejo hasta llegar a la Vega y más allá.